

“Pópula ciudad de edificios”: a propósito de la primera descripción arqueológica del noroeste de Chihuahua

Víctor Ortega León¹

Ubicada en nuestra frontera septentrional, y al noroeste del Estado de Chihuahua, no se puede decir hasta donde se extendería esta civilización prehistórica, porque todavía no se ha explorado por completo aquella región
Francisco del Paso y Troncoso, 1893

Resumen: Al llegar los primeros exploradores al norte de México, encontraron no sólo numerosos grupos originarios con quienes establecían diferentes relaciones, sino que, además, se toparon con muchos asentamientos abandonados y vestigios de culturas pretéritas sobre las cuales, a veces, hicieron indagaciones. El caso del valle del río Casas Grandes es, hasta donde sabemos, el primero de estos encuentros en el territorio chihuahuense. La revisión detallada de los documentos históricos nos permite obtener información importante acerca de estos lugares, misma que no siempre ha sido tomada en cuenta para estudios arqueológicos.

Palabras clave: Casas Grandes, fuentes históricas, Baltasar de Obregón, Paquimé.

Summary: When the first explorers arrived in northern Mexico, they found not only numerous native groups with whom they established different relationships, but also encountered many abandoned settlements and vestiges of past cultures on which, at times, they made inquiries. The case of the Casas Grandes river valley is, as far as we know, the first of these encounters in the Chihuahuan territory. The detailed review of historical documents allows us to obtain important information about these places, which has not always been taken into account for archaeological studies.

Keywords: Casas Grandes, historical documents, Baltasar de Obregón, Paquimé.

Introducción

El 30 de septiembre de 1958 dieron inicio los trabajos de excavación del proyecto *The Joint Casas Grandes Expedition*, en varios sitios del noroeste de Chihuahua, coordinados por el arqueólogo estadounidense Charles Corradino Di Peso. De aquí se derivaría el famoso e influyente *Casas Grandes Project* (1959-1961), mismo que popularizaría el término *Gran Chichimeca*. No poca ha sido su influencia en la percepción que del Norte mexicano se tiene, desde entonces, en México (cf. Di Peso, 1974).

Un efecto colateral de este proyecto, sin embargo, ha sido el de atraer casi toda la atención hacia la ahora Zona Arqueológica de Paquimé, dejando de lado no sólo el alcance regional de las investigaciones sino numerosos vestigios que muchos viajeros, exploradores e investigadores reportaron desde el siglo xvi hasta el xx en toda la cuenca del río Casas Grandes.

El desarrollo agropecuario, el crecimiento urbano y el saqueo inmoderado han mermado enormemente el patrimonio arqueológico de la región. Por ello, pensamos que el estudio de los documentos históricos puede ser de gran ayuda para recuperar aquella visión panorámica y la localización de muchos de estos puntos de interés hoy desaparecidos.

El noroeste de Chihuahua aparece por primera vez en la historia, de manera clara e inequívoca, en la obra de Baltasar de Obregón² *Historia de los descubrimientos de Nueva España*, publicada en 1584. En ella se narran de manera general los hechos y sucesos derivados de la exploración y conquista de las regiones ubicadas al noroeste de la entonces Nueva España y, en especial, los acontecimientos acaecidos durante la entrada de Francisco de Ibarra, de 1564 a 1569, un periplo de seis años y más de tres mil kilómetros, en lo que a partir de entonces sería conocido como Reino de la Nueva Vizcaya.

Sabemos que antes, entre la tercera y cuarta décadas del siglo xvi, Alvar Núñez Cabeza de Vaca cruzó por esta región, pero los datos ofrecidos en su obra no son lo suficientemente explícitos como para identificar con exactitud la ruta que si-

¹ Centro INAH Chihuahua.

² Para algunos, el Bernal Díaz del Norte y primer historiógrafo mexicano (cf. Cuevas, 1924).

guieron él y sus compañeros, los primeros europeos en andar por estos territorios de que se tenga noticia.

En cambio, también como testigo presencial y actor de muchos de los hechos que relata, Obregón provee información valiosísima para la historia de los actuales estados del noroeste mexicano. Entre estos destaca, para el asunto que nos atañe, la primera descripción de las ruinas arquitectónicas de la región que ahora ocupan los municipios de Madera, Casas Grandes, Nuevo Casas Grandes, Janos y Ascención, en el estado de Chihuahua.

La impresión que le causan estos parajes es muy favorable, especialmente si tomamos en cuenta que cruzaron la Sierra Madre Occidental, de oeste a este, huyendo de los grupos indígenas del valle de Señora:

Aviendo marchado el campo dos jornadas de la última población de las prouinçias y comarcas de los valles y parcialidades de los valles de Señora, lenguaxes de caitas y pimaitos, subió el campo las últimas cordilleras de la sierra hazia la vanda del Norte, en cuya altura divisamos grandes, hermosos e fértiles valles compuestos y adornados de hermosísimas vegas, prados, fuentes, ríos y arroyos de lindas, claras y hermosas aguas e tierras templadas de la calidad e temple mexor que xamás vi (Bravo-García, 1989: 326-327).

Esta descripción, muy probablemente corresponde a la zona serrana de los municipios de Nácori Chico, en Sonora, y a los de Madera y el sur del de Casas Grandes, en Chihuahua. Se ubica aquí, actualmente, el Área Natural Protegida Campo Verde.³ El autor continúa el panorama en el siguiente tenor:

Esta fértil y hermosa tierra está adornada y acompañada de hermosos rramos de sierras, montes, collados, en los quales nos dieron notyçia se crían y abitan osos que les comen las aves y macorcas de sus casas; ay gruesos madroños, muchos e altísimos nogales de nuezes encarçeladas, çiruelos de Castilla, vbas silvestres... (Bravo-García, 1989: 327).

Queda claro, pues, que la región era, a los ojos del autor, digna de consideración en términos de la disponibilidad de recursos. El cultivo de maíz y la cría de aves, resultan menciones de importancia para la caracterización económica y cultural de las comunidades autóctonas.

Al continuar su camino, el contingente de Ibarra iría, presumiblemente, descendiendo por la vertiente oriental de la sierra, hasta llegar a las planicies:

Enpeçamos a torpar casas de dos y tres altos despobladas. Alegráronse todos de ver la hermosura e fertilidad de aquella buena tierra e mucho más de aver salido de la fragosidad e horno ynfernal de nuestros enemigos. Yba marchando el campo por llanos e balles poblados de muchos venados, berrendos, liebres, conexos e todo género de casa de volatería. Y después de yr gozando e celebrando con mucha alegría la mejoría de tierras y jente doméstica, tomamos el primer yndio de los llanos, moço gallardo, dispuesto y bien ajustado, el qual, aviendo visto jente tan estraña y fuera de su naturaleza, huyó con grande furia y ligereza (Bravo-García, 1989: 327).

Además de confirmar la abundancia de recursos, destaca sin duda la mención de los asentamientos, de las casas de dos o más plantas, y el hecho de que estuvieran ya despobladas. Al parecer, este patrón difería de los anteriores pues Obregón es claro cuando apunta “la mejoría de tierras” y, sobretudo, el carácter más doméstico de la población, inferido, al parecer, de la naturaleza de los asentamientos.

Más adelante, una vez hecho el contacto con el indígena que había huido y con los de su comunidad, el autor apunta un dato por demás interesante: la barrera lingüística. La dificultad para comunicarse con los habitantes de la región no se derivó únicamente de la desaparición del indígena que hasta entonces les sirviera de intérprete sino, además, de que la lengua que hablaban los grupos autóctonos era distinta a las que habían conocido en todo su recorrido previo. Fue menester establecer comunicación por medio de un lenguaje de señas, lo cual es necesario tomar en cuenta para la ponderación de la información que se asienta en torno a la zona (Bravo-García, 1989: 328).

De interés resulta, por otro lado, la mención que hace el autor de que por esas mismas tierras anduviera, décadas antes que ellos, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, lo cual le fue informado por los propios indígenas. Esto nos permite ubicar, por lo menos, una de las zonas visitadas por este singular personaje cuya ruta sigue siendo tema de discusión. Obregón afirma que la imagen positiva dejada por este explorador, quien posteriormente recibiera el título de *Segundo Adelantado*, les fue de gran ayuda para establecer una relación pacífica y ventajosa con los naturales:

Dixeron que fuésemos bien venidos a sus tierras, que otros de nuestra naturaleza y semejança avían pasado por sus tierras muchos años avía, los quales fueron medio y parte a que sus enemigos les volvieron a los que les toman cautibos e mandaron a las nuves

³ Sauer y Brand proponen un cruce más al norte, por el valle del Bavispe, pero nos parece que el análisis detallado del texto no permite sustentar esa hipótesis (cf. Sauer, 1998).

que les llouiese en sus tierras; curaron y rreçuçitaron dolientes y muertos. Dixerón y creyeron que éramos hijos del sol a quien hellos tenían, temían y rrespetavan e adoravan por su dios y afirmavan que avíamos baxado de el cielo (Bravo-García, 1989: 331).

Este favorable estado de cosas permitió el reconocimiento de la región y la obtención de información respecto a la cercanía de otros asentamientos y recursos, como la ciudad de Cíbola y los búfalos: "...respondieron y dieron noticia por señas que estaba de allá Cíbola tres días de camino, e las Vacas cuatro jornadas hacia el norte" (Bravo-García, 1989: 331). A todos estos grupos, Obregón los denomina de forma genérica como "Querechos". Más adelante, el autor proporciona otros datos concernientes a estas poblaciones:

Afirmaron que parte del verano asistían allí en las laderas e abrigos huyendo del frío que en la tierra llana les molestaba. Éstos son enemigos de los querechos que asisten entre las Vacas³ y traen rrequas de perros; son gallardos, dispuestos e velocos; comen de todo género de savandixas silvestres, algún maíz, vellotas, nuez encarçelada, çiruella de Castilla y de todo género de çaça; son más amorosos, leales e valientes que los de atrás; tienen cueros de las vacas, no tienen sal ni supimos ni vimos la manera de su abitación e casas de su morada porque pasó el campo apartado de su pueblo; es jente alárabe (Bravo-García, 1989: 332).

Queda claro, pues, que los llamados Querechos no eran los habitantes de las casas que habían visto antes, y que dentro de los mismos había grupos políticamente diferenciados puesto que mantenían relaciones de conflicto. Estos mismos "laderas y abrigos" pueden corresponder a lo que, más de tres siglos después, Lumholtz anota en su obra más famosa: *El México desconocido*:

A unas veinte millas más al sur [de San Diego] se encuentran cavernas-habitaciones, semejantes a las del Valle de las Cuevas, que fueron examinadas por algunos miembros de la expedición en el río de San Miguel, ocho millas arriba del punto en que entra éste en los llanos (Lumholtz, 1904: 84).

Cabe destacar, en la cita de Obregón, las menciones en torno a los perros y al nomadismo estacional por razones climáticas. El epíteto "alárabe" es común en las relaciones de los cronistas de la época, en especial para indicar el carácter rudo y no cristiano de los indígenas.

Tras esta descripción general de la región, Baltasar de Obregón pasa a dar noticia de lo que hallaron más adelante, al salir de la zona serrana y entrar en la planicie:

enpesçando por lo que ví, diré y he sido ynformado y he leydo, enpesçando por la notable esperança que dio y da esta popula ciudad de edefiçios que paresçían fundados de antiguos rromanos, adonde estuvo el general e su campo. Son admiración de verla, la qual está en vnos fértiles y hermosos llanos que le çercan lindas e provechosas montañas e pequeñas cordilleras de sierras. Estaba fundada el rrío abaxo de Paquime en sus riueras, el qual es el más útil e prouechoso de quantos vimos en aquellas prouinçias (Bravo-García, 1989.: 335).

Destacan aquí tres puntos: en primer lugar, el nombre del río por el que iban bajando: *Paquime*. Actualmente, este nombre se le adjudica a un sitio arqueológico específico y el curso de agua en cuestión recibe el nombre de Casas Grandes, formándose de las corrientes Piedras Verdes y Palanganas que bajan de la sierra, por el lado de Colonia Juárez, la primera, y por el lado de Estación Mata Ortiz, la segunda. Confluyen a la altura de la Hacienda de San Diego y, a partir de allí, el río que se forma de ambos afluentes recibe el nombre del municipio: Casas Grandes, y fluye de sur a norte hasta desembocar, ciento cincuenta kilómetros más adelante, en la Laguna de Guzmán, en el municipio de Ascensión. En su transcurso, además, cruza el municipio de Janos, donde se le unen el río Janos y los arroyos Carretas y Los Alisos.

No sabemos por cuál de los tributarios originales del río Casas Grandes bajó la armada de Francisco de Ibarra. Es probable que haya sido por el río Piedras Verdes, donde Lumholtz encontrara el Valle de las Cuevas, en vista de que, según Obregón, habían estado previamente en el Valle de Señora, que se ubicaría aproximadamente en la misma latitud, pero del lado sonorense de la sierra. La otra opción, sin embargo, es asimismo plausible, pues el río Palanganas tiene su origen muy cerca del nacimiento de los afluentes del río Yaqui, por donde también refiere el cronista que pasaron. De hecho, ésta última opción concordaría más con la cita de Lumholtz que insertamos arriba.

En segundo lugar, destaca el hecho de que se otorgue el calificativo de "pópula ciudad de edifiçios" a los asentamientos encontrados en la región, comparándolos incluso con ruinas romanas. Aunque previamente, como hemos visto, el autor registra casas de buena factura y más de una planta de alto mientras iban bajando de la sierra, resulta evidente que la contemplación de un conjunto amplio de ellas le causó honda impresión. Aun así, un epíteto tan grandilocuente no corresponde con las dimensiones del actual sitio arqueológico con el que se asocia tradicionalmente esta descripción.

En tercer lugar, la afirmación de que aquella "pópula ciudad de edifiçios" estaba "fundada el río debajo de Paquime en sus riveras", sugiere que el observador se sitúa en la parte alta del río, en este caso el extremo sur del mismo o, al menos, más al sur de donde empiezan los vestigios arqueológicos, lo que

nos lleva hacia la zona del actual poblado de Juan Mata Ortiz o más al sur inclusive, hacia el puerto de San Diego, respaldando con ello un cruce más meridional que el propuesto por otros autores.

Por último, cabe notar la ubicación de los asentamientos, los valles aledaños a las riberas de la parte baja del río, cercados por montañas y cordilleras. En efecto, el cauce del río Casas Grandes se encuentra mayormente en mitad de un amplio valle que está delimitado, al oeste, por la Sierra Madre Occidental; al este, por las pequeñas sierras La Escondida y El Capulín; al sur, por las sierras América y La Breña; mientras que, al norte, se adentra de lleno en la zona noroccidental del desierto chihuahuense. El área, pues, constituye un verdadero oasis y un punto estratégico a escala regional en vista de su feracidad y abundancia de recursos.

Todo lo anterior empieza a cobrar especial relevancia conforme Baltasar de Obregón va describiendo lo que ve. En cuanto a las construcciones, dice:

Está muy poblado [el río Paquime] de casas de mucha grandeza, altura e fortaleza de seys e siete sobrados,⁴ torreadas e çercadas a manera de fuertes para amparo y defensa de los enemygos que devían de tener guerras con los moradores dellas; tienen grandes y hermosos patios losados de hermosas, lindas e grandes piedras a manera de jaspe, e piedras de navaxas sostenían los grandes e hermosos pilares de gruesa madera traída de lexos; las paredes dellas enxaluegadas⁵ e pintadas de muchas colores, matizes e pinturas de su edefyçio, compuesto a manera de tapias,⁶ avnque texida e rrebuelta con piedra e madera más turable e fuerte que la tabla (Bravo-García, 1989: 335-336).

El autor no escatima en elogios para expresar su asombro: casas de siete pisos, con torres y paredes de tierra consolidada encaladas y pintadas, etcétera. Subrayamos, por lo pronto, la

complejidad constructiva y arquitectónica de los asentamientos, así como su carácter defensivo. Continúa en los siguientes términos:

Avía gruesas e anchas canales del rrío a los pueblos, con que solían llevar agua a sus cassas. Tienen grandes y anchas estufas en lo baxo de las cassas y edifyçios para amparo del frío que es allí mucho, porque nieva mucha parte del año e vienen los nortes en extremo fríos de hazia los llanos [desde el norte] e de las sierras [desde el oeste], adonde nieva más de ordinario (Bravo-García, 1989: 336).

Notable resulta también la referencia al uso de canales para el aprovechamiento del agua del río Paquime y, por otro lado, el sistema de calefacción doméstico necesario, sin duda, en estas latitudes, especialmente durante el invierno.

Descuella, empero, el uso del plural. Obregón no está haciendo la descripción de un solo asentamiento sino de varios “pueblos”, lo cual queda refrendado más adelante cuando, tras asentar el hallazgo de objetos de cobre y piedras de molienda, anota lo siguiente:

Hallamos caminos enpedrados. Esta gran casearía e congregación de casas no está junta sino dividida en espacio de ocho leguas río abaxo desde el primer andén de la gran serranía hazia el norte, la qual vimos y visitamos Rodrigo del Río e yo por mandado del governador. Yba proseguida la casearía por el rrío abaxo y no la perdimos de vista, de manera que mostró ser la poblazón antigua dellas muy más larga (Bravo-García, 1989: 335-336).

El autor dibuja un área de más de cuarenta kilómetros a lo largo del río, donde se encuentran varios pueblos conectados entre sí por caminos empedrados y con el río por medio de canales. Es a esta red de pueblos a lo que Obregón otorga el calificativo antedicho de “pópula ciudad de edificios”. Huelga señalar la importancia que esto reviste para la arqueología de la región pues, por alguna razón, se ha querido ver en este capítulo de los *Descubrimientos* la descripción única y singular de la actual Zona Arqueológica de Paquimé, siendo ésta, al parecer, sólo uno de los pueblos mencionados por el autor.

Podríamos pensar que se trata de una exageración, como hay tantas en las relaciones y crónicas de la época, pero, en este caso, contamos con información adicional para corroborar lo escrito por el autor. A este respecto, encontramos que, para la primera mitad del siglo XIX, todavía se reporta una enorme cantidad de vestigios arqueológicos relacionados con esta región. En su obra *Noticias estadísticas del estado de Chihuahua*, publicada en 1834, José Agustín de Escudero refiere una zona de cien por cincuenta kilómetros a lo largo de los ríos Casas Grandes y Janos, con presencia de “dos especies de habitacio-

⁴ De acuerdo con la RAE, un sobrado era cada uno de los altos o pisos de una casa. En el diccionario de Covarrubias, de 1611, leemos: “Sobrado, vale en los edificios, lo mas alto de la casa, de sobra: y llamamos comúnmente desvanes, o azoteas, por ser aposento sobrado en la casa, que no vive nadie en el, y sólo sirve de reparo y abrigo para las demás piezas que se abitan” (cf. Covarrubias, 1611).

⁵ Arquitectónicamente hablando, el término “enjalbegar” conserva, hasta la actualidad, su sentido de “blanquear las paredes con cal, yeso o tierra blanca”, entre otras acepciones (cf. DRAE, 2020).

⁶ Tapia. 1. f. Cada uno de los trozos de pared que se hacen de una sola vez con tierra amasada y apisonada en un encofrado. 2. f. Tierra amasada y apisonada con que se hace una tapia (cf. DRAE, 2020).

nes muy distintas”. De la primera, correspondiente con la actual Zona Arqueológica de Paquimé, menciona lo siguiente:

La primera consiste en un grupo de piezas construidas de tapia y exactamente orientadas según los cuatro puntos cardinales. Los plastones de tierra son de un tamaño desigual, pero colocados con simetría, y descubre mucha habilidad en el arte de construirlos, la perfección con que han durado un tiempo que no puede ser menos que 300 años. Se reconoce que este edificio ha tenido tres altos y una azotea con escaleras exteriores, y probablemente de madera. Este mismo género de construcción se encuentra todavía en todos los pueblos de los indios independientes del Moqui, al Nordeste del estado de Chihuahua. Las mas de las piezas son muy estrechas, con las puertas tan pequeñas y angostas que parecen celdas de cárcel. Todavía existe en muchas partes el enjarre de las paredes, cuya finura é igualdad demuestra la inteligencia de los constructores (Escudero, 2003: 234-235).

De las otras, dice:

Las ruinas de segunda clase, son muy numerosas por las orillas de los ríos de Casas-Grandes y Janos, en la extensión de mas de veinte leguas de largo y diez de ancho. Estas [sic] uniformemente á corta distancia tienen la apariencia de “collados”,⁷ y en todas las que se han escavado se han encontrado cántaros, pucheros, ollas etc. de tierra pintadas de blanco, azul y nacar: metates y achas de piedra, pero ningún instrumento de hierro (Escudero, 2003: 234-235).

Queda claro que, para inicios del siglo XIX, era aún visible la enorme extensión que cubrían los vestigios, cinco mil kilómetros cuadrados, según este autor, y las características que permitían diferenciarlos.

Ese mismo año, después de describir lo que denomina como “el palacio”, que correspondería con lo que hoy es la Zona Arqueológica de Paquimé, un viajero de la época apunta en su entrada de julio 7 de 1842:

Como estas ruinas hay otras, mas ó menos conservadas, é innumerables convertidas en promontorios. Varios vecinos me han dicho separada y espontáneamente, que en ambas riberas del Janos y del Casas Grandes hay mas de dos mil Moctezumas, nombre que dan en el país á los mencionados promontorios,

y aun á las cosas que se estraen de ellos: que no hay aguage por toda la comarca, donde no se vean pocas ó muchas; y que aun en lugares destituidos de agua se encuentran varias cuyos habitantes se valdrían seguramente de norias (Cumplido, 1849: 375).

Más de dos millares de montículos ciertamente cubrirían una amplia extensión de terreno, tanto que incluye a los dos ríos: el Janos y el Casas Grandes.

Adolphe Bandelier, quien visitó la región entre 1884 y 1885, también da cuenta de numerosos vestigios arquitectónicos a lo largo del río Casas Grandes, desde Ascención, al norte, hasta que el río entra en la Sierra Madre Occidental, al sur:

The difference in architecture between the northern and the southern ruins is considerable. The former are all small buildings of Stone with Stone enclosures; the latter, in the lower regions at the foot of the Sierra Madre, are large buildings of adobe, often many-storied, similar to those on the Lower Gila of Arizona, and indicating more extensive settlements and a larger population (Bandelier, 1892: 540).

Esta descripción corresponde, en términos generales, con aquella otra presentada por Escudero. El panorama que Bandelier nos revela consta de alrededor de ciento treinta kilómetros lineales de ruinas, aunque no continuos sino presentando agrupaciones discretas de dimensiones variadas. Por ejemplo, sobre el sector sur, nos dice: “Along the rivers Casas Grandes, Palanganas, and Piedras Verdes the ruins are disposed in groups as well as in isolated mounds; they are therefore far from constituting a continuous line” (Bandelier, 1892: 542). Esta descripción es parecida a la que hace de otros sectores donde encontró vestigios.

En una apreciación general sobre la población, Bandelier presenta una visión de conjunto de la región:

It is not improbable that the Casas Grandes region - in which I include the valleys of Corralitos, Janos, Ascencion, and the stretch as far as the Boquilla and the Piedras Verdes and Palanganas rivers - at one time contained a population more dense than that of any other part of the Southwest inhabited by sedentary aborigines (Bandelier, 1892: 569-570).

Aunque hay diferencias internas entre los distintos tipos de vestigios, el autor no vacila en considerar toda la región desde Ascención hasta la Boquilla de San Diego como parte de la misma cultura arqueológica.

Por otro lado, según Carl Lumholtz, en la región comprendida entre Ascención, Madera y Casas Grandes, había tres tipos de asentamientos: casas acantilado, montículos (moctezumas) y construcciones de tierra modelada del tipo

⁷ Montículos.

que ahora podemos apreciar en la Zona Arqueológica de Paquimé. Por otro lado, las cuevas y abrigos rocosos podían tener dos usos: habitacionales y/o funerarios. Además, reporta terrazas en numerosos lugares de la sierra, tanto arqueológicas como contemporáneas. El explorador noruego había estado en la zona a principios de 1892, y efectuó trabajos de excavación en distintos lugares (cf. Lumholtz, 1904).

Casi simultáneamente, en la Exposición de Madrid, por el IV Centenario del Descubrimiento de América, en 1892, Casas Grandes tiene un papel destacado gracias a los trabajos del sacerdote jesuita Aquiles Gerste quien, encomendado por la Junta Colombina de México, realizó excavaciones en la región.

Según Francisco del Paso y Troncoso, como parte de la participación mexicana en las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América, se constituyó la Junta Colombina de México, encargada de organizar el aporte mexicano a la Exposición Histórico-Americana de Madrid. De entre los muchos trabajos de la junta, nos interesan aquellos que se orientaron a la recopilación de objetos históricos, arqueológicos y etnológicos de diferentes regiones del país para enriquecer el acervo de la exposición. En particular, la expedición a Chihuahua que fue realizada por el P. D. Aquiles Gerste:

y el P. Gerste, con abnegación ejemplar, fué hasta las regiones del Norte de México, y haldas encinta, cruzó desiertos, visitó las famosas ruinas de Casas Grandes, practicó allí excavaciones que dieron abundante material prehistórico, y penetró, finalmente, por las fragosidades de la Sierra Madre para llegar hasta las grutas donde los Tarahumares gentiles, modernos trogloditas, habitan todavía; y recoger en medio de ellos esa interesante colección etnográfica que con orgullo mostramos en nuestra Sección como fruto de los afanes de aquel excelente Padre, tan querido de los mexicanos todos (Paso y Troncoso, 1892: 6-7).

Más adelante, explica con mayor detalle dicha expedición:

Realizó su expedición solo, que sus vastos conocimientos á todo alcanzan; y la abnegación propia de su instituto le llevó á penetrar, en busca de los Tarahumares gentiles, hasta el corazón de la Sierra Madre, donde obtuvo la preciosa colección etnográfica que se ostenta en nuestra quinta sala, y sacó las reproducciones fotográficas que allí mismo están. La hermosa colección de cerámica por él recogida de las excavaciones que hizo en los terraplenes de la región de Casas Grandes, elevaciones que los habitantes de nuestra frontera denominan *montezumas* y los norteamericanos *mounds*; esa colección, repito, unida con las piedras en las mismas excavaciones extraídas, ha sido una de las mejores galas de nuestra sección. Algunos objetos pequeños obtuvo también, por haberlos faci-

litado el Sr. D. Luis Terrazas para la Exposición, en calidad de reintegro. El Gobernador de Chihuahua tuvo con el P. Gerste todo género de atenciones, y le recomendó eficazmente con las autoridades subalternas. Es notoria la afinidad que hay entre nuestros objetos de Casas Grandes y los de la región del Tuzayan en los Estados Unidos de Norte-América, aunque los nuestros alcancen un grado mayor de perfección; pero la relación histórica que ha debido existir entre ambos pueblos ha quedado rota por la mano del tiempo, sin que podamos, con esos objetos arqueológicos á la vista, reconstruir los anales de aquellos artífices, ni menos decir, hasta que venga en auxilio nuestro la Antropología, si la nación constructora de las *montezumas* es una de las neomexicanas existentes; otra, extinguida ya, de la misma cepa, ó tal vez una raza precursora y superior en cultura. Prudentemente han quedado colocados, de consiguiente, tales artefactos en la sección de prehistoria. El P. Gerste opina que los constructores de la habitación conocida con el nombre de Casas Grandes y los alfareros de los terraplenes ó *montezumas* constituyen dos nacionalidades diferentes; y la cultura revelada por esos barrotes la denomina él, no *Civilización de Casas Grandes* como aparece compendiado el título en nuestra rotulación, sino *Civilización prehistórica de la región de Casas Grandes* (Paso y Troncoso, 1892: 24-25).

Por lo demás, el catálogo de la exposición da cuenta de numerosas piezas obtenidas mediante excavación y donación en varios lugares del noroeste chihuahuense, no sólo en Casas Grandes. Los sitios de procedencia son muy diversos: desde Casas Grandes y San Isidro (ahora colonia de Nuevo Casas Grandes), hasta Corralitos y Galeana, al norte, y Bocoyna y Tajírachic, al sur; incluyendo, por supuesto, San Diego, San Joaquín y San José, entre otros lugares. Destaca, pues, la amplitud regional del trabajo del jesuita (Paso y Troncoso, 1892: 395 y ss.).

Gerste confirma estas actividades en una carta fechada el 8 de agosto de 1906, dirigida a Victoriano Salado Álvarez, secretario general del Gobierno de Chihuahua, donde dice: “las exploraciones y excavaciones hechas en Casas Grandes y en las vecinas zonas de *moundbuilders* por los meses de abril y mayo 1892” (Gerste, 1925: 454), esto es, apenas dos meses después de haberse ido Lumholtz de la región hacia el sur.

Este enfoque regional es retomado, posteriormente, por Carmen Alessio Robles. En efecto, en su obra *La región arqueológica de Casas Grandes, Chihuahua*, publicada en 1929, la autora menciona lo siguiente:

La zona arqueológica de Casas Grandes ocupa una gran superficie. Las ruinas se extienden casi sin solución de continuidad desde la Boquilla de San Diego

hasta la Hacienda de Corralitos, en una extensión de cuarenta y dos kilómetros. La superficie cubierta afecta la forma de un triángulo cuya base está en el norte, siguiendo el paralelo de Corralitos, y uno de sus vértices en San Diego, y como la base de este triángulo mide una longitud aproximada de catorce kilómetros, puede decirse que la superficie que abarcan las ruinas es de doscientos noventa y cuatro kilómetros cuadrados (Alessio Robles, 1929: 6).

Acompaña al texto un mapa destacando el triángulo de marras (Fig. 1). Esta estimación no solo coincide de manera muy cercana con la de Baltasar de Obregón, sino que, además, presenta una delimitación más clara del área ocupada por los vestigios arqueológicos.

La mencionada “Boquilla de San Diego” no es otra que la que actualmente se conoce como Hacienda de San Diego, ubicada a escasos siete kilómetros al norte de Juan Mata Ortiz, en un valle que bien podría corresponder con aquel “primer andén de la gran serranía” mencionado por Obregón como punto de inicio de la enorme ciudad en ruinas.

El mismo Lumholtz, en relación con esta zona, había anotado lo siguiente treinta años antes: “Es fácil contar en las cercanías de San Diego sobre cincuenta montículos,

y hay también en varios lugares rocas esculpidas y pintadas” (Lumholtz, 1904: 84). Y no dudó en calificar todo aquél “distrito” de “extremadamente rico desde el punto de vista arqueológico” (Lumholtz, 1904: 84).

Apenas tres años después de la publicación de Alessio Robles, en 1932, Carl Sauer, citando a Donald Brand, reafirmaría esta estimación en su obra *The road to Cibola*, donde apunta que:

Por lo que respecta a las “casas... en espacio de ocho leguas río abajo desde el primer andén de la gran serranía hacia el norte”, esto corresponde a la distribución de las ruinas en el valle principal de Casas Grandes, desde La Boquilla hasta el cañón debajo de Corralitos (Sauer, 1998: 301).

Resulta evidente, no sólo que Baltasar de Obregón no exageraba, sino que, además, la actual Zona Arqueológica de Paquimé no representa ni el uno por ciento del área identificada por todos estos autores.

Pero volvamos con Baltasar de Obregón quien, tras anotar el reconocimiento de rastros de “vacas” (búfalos), ofrece otros datos respecto a las condiciones en que se encontraban dichos asentamientos:

Estaban estas cassas la mayor parte dellas caídas, gastadas de las aguas e desbaratadas, porque demostrava cantidad de años que las dexaron y despoblaron sus dueños, avnque avía çerca dellas jente siluestre, rrústica y advenediza que dexavan de abitar en cassas de tanta grandeza por asistir e morar en boýos de paxa como silvestres animales al sol, ayre y frío. Son caçadores, comen todo género de caça e sabandixas silvestres e vellotas. Andan desnudos; ellas tren faldellines de cuero de venado adobado y alguno de las vacas (Bravo-García, 1989: 336-337).

Pueblos en ruinas a todo lo largo del río. Resulta lógico que, tras su abandono, las periódicas crecidas de las aguas, los recios vientos, el clima extremo, la lluvia intermitente y la colonización progresiva fueran minando a lo largo de los años los asentamientos hasta ir borrando parte de aquella grandeza que describe el cronista. Los grupos que habitaban la región al momento de la llegada de los españoles parecían tener poco o nada que ver con sus habitantes antiguos, situación que el autor intenta resaltar por medio de comparaciones culturales.

Pero, entonces, ¿quiénes fueron los artífices de aquellos pueblos y por qué razón los abandonaron? Obregón atiende este asunto líneas más adelante:

Preguntámosle por señas que dónde se avían ydo los que fueron señores de aquellas casas, pueblos e tierras; respondieron por señas que asistían y abita-



Fig. 1. Región arqueológica de Casas Grandes. Modificado de Alessio Robles, 1929.

van seys jornadas el rrío abaxo hazia el norte y que por guerras los avían hecho retraer sus enemygos, los que venían desotra parte de las sierras, y que quatro jornadas casi a el ponyente asistían otros muchos en cassas de mucha altura, vestidos y señores de muchas ropas de algodón, maíz, frisol, calabaza aves y vacas de la tierra (Bravo-García, 1989: 337).

De acuerdo con esta versión, la población originaria de los pueblos del río Paquime se habría dispersado, al menos, en dos direcciones. Las seis jornadas río abajo, hacia el norte, nos llevan hasta algún lugar en el suroeste de Nuevo México, en torno a la confluencia de los condados de Grant, Sierra y Luna, región de la otrora cultura arqueológica Mimbres, ya desaparecida cuando se dio la diáspora paquimesa.⁸ Por otro lado, las cuatro jornadas “casi al poniente” nos situarían en algún punto de la Sierra Madre Occidental, entre los municipios de Casas Grandes y Janos, en Chihuahua y Bavispe y Agua Prieta, en Sonora, región conocida por la presencia de *Cliff Dwellers* o Casas en Acantilado, que podrían corresponder con las “casas de mucha altura” mencionadas por nuestro autor.⁹

Con respecto a los llamados “enemigos” que iban desde el otro lado de la sierra en plan bélico y que lograron ahuyentar a los paquimeses de su territorio, es posible que se tratara de los habitantes prehispánicos del llamado “valle de Señora”, de donde los mismos españoles iban huyendo. En este sentido, una última nota del cronista nos revela que:

Están deste rrío las poblaciones de los valles de Señora quarenta leguas, las cuales pueden ser sujetas y señoreadas de los que poblasen en este rrío de Paquime. Puede ser proveído de mercaderías por la Mar del Sur con que primero se pueble vna villa en el valle de Señora, que desde allí a la Mar del Sur ay quarenta leguas e desde la Mar al rrío de Paquime ay noventa leguas; y el puerto para este efeto está en el rrío de Yaquimi, en la entrada y junta dél con la mar en su baía, el qual hizo ver y sondar el general a dos marineros, los cuales afirman tiene la entrada dos braças de hondo. E Paquime está a vn lado de Cibola, en

las vertientes de la serranía como van de los valles de Señora hazia el norte (Bravo-García, 1989: 337).

Por la lógica del texto, se entiende que aquí “Paquime” se refiere a la región irrigada por el río homónimo; que el “valle de Señora” se encontraba hacia el oeste, sobre el alto río Yaquimi, a medio camino entre Paquime y la desembocadura del río en el Golfo de California, probablemente en el área donde se localizan hoy día los poblados de Bacanora, Sahuaripa y Bámori; finalmente, que “Cibola” se encontraría al final de la sierra hacia el norte, esto es, en torno al límite estatal entre Arizona y Nuevo México, tal vez más del lado del primero, entre las montañas Chiricahua y las Mogollón.

Todo lo anterior revelaba ya desde entonces el desarrollo, en tiempos prehispánicos, de una cultura compleja extendida sobre los valles a lo largo del río Paquime, lo cual ha sido confirmado suficientemente por los estudios arqueológicos. La más tardía cultura de los quechcos, en cambio, ha recibido menor atención. El panorama evidencia, además, una considerable movilidad de grupos y una exitosa adaptación a los distintos ecosistemas de la zona.

Por otro lado, es posible que la región de marras corresponda con aquella otra que, apenas unos años más tarde, fray Juan de Torquemada mencionara en el capítulo xv de su *Monarquía Indiana*, terminada en 1609 pero publicada hasta 1615, y a la cual se refiere en los siguientes términos:

Hacia las partes del norte (en contra de la ciudad de Mexico y en grandísima distancia apartadas de ella) hubo unas provincias (y puede ser que al presente las haya) cuya principal ciudad fue llamada Amaqueme y cuyos moradores en común y genérico vocablo fueron llamados chichimecas, gente desnuda de ropas de lana, algodón, ni otra cosa que sea de paño o lienzo; pero vestida de pieles de animales; feroces en el aspecto y grandes guerreros, cuyas armas son arcos y flechas (cf. Torquemada, 1975: 58-59).

Misma ciudad que el autor sitúa a más de “docientas leguas andadas” de la provincia de Xalisco. Tal distancia nos lleva, en efecto, al territorio descrito por Obregón, pero la explicación que da el misionero franciscano sobre sus habitantes y su despoblamiento es muy distinta a la del historiador criollo. Un dato sugerente, sin duda, pero que hay que tomar con reserva.

Esta información es retomada por José de Arlegui más de un siglo después, en 1736, en su obra *Crónica de la Provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas*, donde apunta lo siguiente:

Hacia el Norte, detrás del Nuevo-Mexico, y muy distante de la ciudad de Mexico, hubo una provincia cuya principal ciudad se llamó Amaqueme, y sus moradores Chichimecas, gentes feroces y guerreras, desnudos

⁸ Lumholtz, retomando una idea muy difundida durante el siglo xix, considera a los indios Moqui como posibles descendientes de las culturas del noroeste de Chihuahua, aunque se cuida de afirmarlo por falta de pruebas (cf. Lumholtz, 1986: 71).

⁹ Cabe recordar que recientemente el Proyecto Arqueológico Sierra Alta de Sonora, liderado por el arqueólogo Júpiter Martínez, ha encontrado en esta zona numerosos asentamientos y casas acantilado con presencia de cultura material Casas Grandes.

de ropas de algodón ó lana, y solamente vestidos en parte de algunas pieles de animales (Arlegui, 1851: 6).

En general, Arlegui resume lo dicho por Torquemada, sin añadir más detalles salvo el “detrás del Nuevo-Mexico”, es decir, “antes”, yendo de sur a norte, lo que colocaría Amaqueme al sur de Nuevo México, justo donde se encuentra la cuenca del río Casas Grandes. ¿Podríamos decir, entonces, que la “pópula ciudad de edificios” se llamaba *Amaqueme* y que se encontraba extendida cuarenta kilómetros a lo largo del río *Paquime*?

En un contexto más amplio, del testimonio de Baltasar de Obregón se deduce que Valle de Señora, Paquimé y Cíbola eran territorios culturales distintos y posiblemente colindantes situados en torno al extremo septentrional de la Sierra Madre Occidental. Actualmente, se engloba toda esta región dentro del área arqueológica Mogollón, destacando las regiones de Río Sonora, Casas Grandes y Mimbres. Esta relación requiere todavía de mucha investigación, y un acercamiento interdisciplinario puede aportar mucho para comprender su compleja historia.

Referencias bibliográficas

- Alessio Robles, Carmen. (1929). *La región arqueológica de Casas Grandes, Chihuahua*. Imprenta Núñez, República del Salvador Núm. 26. México, D. F.
- Arlegui, José. (1851[1737]). *Crónica de la Provincia de N. S. P. S. Francisco de Zacatecas*. Reimpresión en México por Cumplido, Calle de los Rebeldes No. 2, México.
- Bandelier, Adolphe F. (1892). *Final report of investigations among the Indians of the Southwestern United States, carried on mainly in the years from 1880 to 1885. Part II*. Papers of the Archaeological Institute of America, American Series IV. Cambridge University Press.
- Bravo-García, E. (1989). Transcripción y estudio lingüístico de la *Historia de los descubrimientos de Nueva España* de Baltasar de Obregón. Tomo I. (Tesis doctoral inédita). Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Covarrubias, Sebastián de. (1611). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España.
- Cuevas, Mariano. (1924[1584]). Prólogo, en *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, pp. v-xix. SER, México.
- Cumplido, Ignacio. (1849). Frontera de la República, en *El Álbum Mexicano. Periódico de Literatura, Artes y bellas letras*, Ignacio Cumplido (ed.). Tomo I, pp. 22, 46, 93, 165, 219, 297, 372, 590. Imprenta del Editor, México.
- Di Peso, Charles. (1974). *Casas Grandes: A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca*. Tomo I. The Amerind Foundation, Northland Press, Dragoon y Flagstaff, EEUU.
- Escudero, José Agustín de. (2003[1834]). *Noticias estadísticas del estado de Chihuahua*. Gobierno del Estado de Chihuahua, México.
- Gerste, Aquiles. (1925[1908]). Una carta del padre Aquiles Gerste acerca de la educación de la raza tarahumara, en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. Tomo III, Cuarta Época, pp. 454-461. Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, México.
- Lumholtz, Carl. (1904). *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*. Tomo I. Charles Scribner's Sons, Nueva York.
- Lumholtz, Carl. (1986 [1904]). *El México desconocido* (edición facsimilar). Col. Clásicos de la Antropología Núm. 11. Ed. Instituto Nacional Indigenista, México.
- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar. (1985 [1542]). *Naufragios*. Col. El Libro de Bolsillo, No. 1143. Alianza Editorial, Madrid.
- Obregón, Baltasar de. (1988 [1584]). *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*. Ed. Porrúa, México.
- Paso y Troncoso, Francisco del. (1892). Introducción. Reseña de los trabajos de la Junta Colombina de México, en *Catálogo de los objetos que presenta la República de México en la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, Tomo I. pp. 5-31. Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra» Impresores de la Real Casa, Madrid.
- Sauer, Carl. (1998). La ruta de Cíbola, en *Aztatlán*. Pp. 243-316. Siglo XXI Editores. México.
- Torquemada, Juan de. (1975). *Monarquía indiana, volúmenes I al VI. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*. Tercera edición (primera edición UNAM). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México.

